

# PRINCESA LEONOR MANUEL

MERCEDES CASQUERO DE LA CRUZ



EDITORIAL  
SARGANTANA

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión por cualquier procedimiento o medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro o por otros medios, sin permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra».

### *Princesa Leonor Manuel*

© Del texto: M.<sup>a</sup> de las Mercedes Casquero de la Cruz

© De la imagen de la portada: Biblioteca Valenciana Nicolau Primitiu

© De esta edición: Editorial Sargantana, 2021

Email: [info@editorialsargantana.com](mailto:info@editorialsargantana.com)

[www.editorialsargantana.com](http://www.editorialsargantana.com)

Primera edición: Julio, 2021

Impreso en España



Los papeles que usamos son ecológicos, libres de cloro y proceden de bosques gestionados de manera eficiente.

ISBN: 978-84-18552-33-5

Depósito legal: V-1845-2021

*Dedicado a Eloy.  
Su apoyo, su constante estímulo y  
su fe en mi habilidad de escritora  
han hecho posible que esta novela pueda ver la luz.*

*Dedicado también a Valencia,  
la ciudad que amo, me emociona y me inspira.  
A los dos, sinceramente gracias.*

# ÍNDICE

<i>Introducción</i> .....	9
PREÁMBULO: <i>Albores de España</i> .....	17
CAPÍTULO 1: <i>La niña arrebatada</i> .....	31
CAPÍTULO 2: <i>Enrique de Aragón y de Castilla (marqués de Villena) en las Cortes de Castilla y Aragón</i> .....	73
CAPÍTULO 3: <i>María de Castilla, reina de Aragón, y Leonor Ma- nuel de Villena, en el palacio del Real</i> .....	117
CAPÍTULO 4: <i>Sor Isabel de Villena en el convento de la Trini- dad, y el siglo de oro valenciano</i> .....	157
CAPÍTULO 5: <i>El protofeminismo de la Vita Christi. Muerte de sor Isabel de Villena</i> .....	201
CAPÍTULO 6: <i>A las puertas de la Edad Moderna. Entrando en el siglo XVI</i> .....	217
EPÍLOGO: <i>El viento de la historia (... al siglo XXI)</i> .....	237
AGRADECIMIENTOS .....	269
VOCABULARIO .....	271
BIBLIOGRAFÍA .....	277

## INTRODUCCIÓN

*Princesa Leonor Manuel* es una novela histórica que se desarrolla en Valencia a lo largo del siglo XV. Es historia y es novela. Cuando se escribe sobre la historia, cualquier autor que pretenda hablar de sus acontecimientos y de sus personajes tiene la responsabilidad de hacerlo con rigor, con respeto y con honestidad. Fueron los que fueron, donde fueron y cuando fueron. No hacerlo así sería estafar al lector, y una estafa mayor si se habla de ellos desde los prejuicios y con maledicencia, lo que, a todas luces, sería profundamente deshonesto e injusto.

Pero *Princesa Leonor Manuel* es sobre todo una novela. Los historiadores suelen, bien porque no les interesa, porque lo desconocen o porque para ellos carece de importancia, dejar vacíos en la narración histórica, y ello conlleva hacer más difícil la comprensión de los hechos narrados. La novela histórica introduce personajes y acontecimientos que, si no existieron, bien podrían haberlo hecho, pero ha de procurar que la parte imaginada sea totalmente coherente y constituya, junto con la histórica, un relato armónico y creíble que ayude al lector a caminar con paso seguro por una parte del pasado, de su historia, haciéndole fácil comprender lo que fue, lo que ahora es y, muy importante, ayudarlo a que entienda —suele ser complicado— por qué él mismo es como es, convencida como estoy de que todos somos hijos de nuestra historia.

Esta novela histórica tiene como eje principal de la narración a dos mujeres protagonistas, dos mujeres inteligentes, valiosas, valientes, cultas y decididas, dos mujeres incomprensiblemente desconocidas para una gran mayoría. Una es escritora; la otra, reina. La escritora, Isabel de Villena, nacida Leonor Manuel, fue la única mujer escritora del Renacimiento español que ya en el siglo XV se adelantó a la historia escribiendo el primer libro auténticamente feminista. Y María de Castilla, reina de Aragón, hija, nieta y biznieta de reyes, inteligente y culta como la anterior y que por razones de su destino tuvo que ejercer en solitario —sin la presencia de su casi siempre ausente esposo, el gran rey de la Corona de Aragón Alfonso V El Magnánimo— la difícil tarea de gobernar un reino, primero como lugarteniente mayor de Aragón y después como virreina de Valencia, y hacerlo además de con inteligencia, con prudencia, con justicia, utilizando el diálogo en los múltiples conflictos que tuvo que dirimir, con gran generosidad y con tal eficacia que la convierten en la mejor reina de la Baja Edad Media, en un siglo como el XV, rico y exuberante en todos los sentidos, cultural, artístico y humano y, precisamente por ello, enormemente complejo. Las dos vivieron en una época en la que Europa dejaba atrás la Edad Media para entrar en la Edad Moderna, tan decisiva esta para la humanidad que hay quienes piensan que la verdadera historia se detuvo en ella..., y las demás solo son su continuación.

Confío en que al lector le sea fácil distinguir en esta novela cuáles son los personajes y los hechos históricos y pueda diferenciarlos de los que solo son objeto de la imaginación (a veces puede resultar más interesante lo que pudo ser que lo que en realidad fue). Si en algún momento, querido lector, no logras distinguirlos, querrá decir que he conseguido el objetivo que tenía cuando comencé a escribirla: hacer de ella una narración unitaria y un todo coherente.

Esa debe ser la finalidad de toda novela histórica, de esta lo es. Pero además, aunque he tenido que construir un relato prolijo con la suma de los hechos y los personajes del espectacular siglo de oro valenciano, y lo he intentado hacer con la mayor fidelidad posible —lo que en algún momento puede exigirle al lector un especial esfuerzo de atención—, mi deseo es que, a pesar de todo, su lectura le resulte fácil, interesante y entretenida, y pueda introducirse con curiosidad y con el apoyo de la mano amiga que le tiendo en el apasionante mundo del siglo XV en Valencia.

Espero haberlo conseguido.

*Toda historia tiene un comienzo...*



*El comienzo...*

PREÁMBULO

**ALBORES DE ESPAÑA**

Estamos cerca de conocer el cuándo, pero muy lejos todavía de saber el porqué del origen de este multiverso, el porqué del *big bang*. Tampoco si fue el principio o tan solo la continuidad de no sabemos qué. De los múltiples universos originados en el *big bang* hace 20 000 millones de años, uno de ellos es el nuestro, con millones de galaxias y con millones de estrellas en cada una de ellas. Entre todas las galaxias existe una muy especial para nosotros porque es la nuestra: la Vía Láctea. De los millones de estrellas que esta contiene, una es fundamental para nuestra existencia, una enana amarilla: nuestro Sol. Alrededor de él giran sus nueve planetas, siendo uno de ellos nuestro mundo, la Tierra.

Nuestro planeta Tierra no fue siempre tan hermoso como hoy lo conocemos. Enormes cuerpos estelares, restos de la gran explosión, erraban en el recién creado espacio y, a medida que chocaban los unos con los otros, se iban sumando sus masas hasta formar estrellas con grandes cuerpos girando a su alrededor. En aquellos primeros instantes, hace 4600 millones de años, la Tierra tan solo era una masa viscosa agitada por gigantescas fuerzas cataclísmicas en la que se iban configurando lentamente una superficie y una atmósfera en las que todavía era imposible la vida. Al principio se formó en ella un único

y gran continente, Pangeas, y a su alrededor un solo océano, Panthalassa. Ambos se fueron fracturando hasta llegar a conformar, en una parte de su superficie, unas tierras bordeadas por un mar, el gran mar de Tetis, que, transcurrido un tiempo, se iría desecando, a la vez que disminuía su tamaño, hasta llegar a ser el actual mar Mediterráneo.

En sus orillas emergían y tomaban forma —a medida que las aguas del Tetis se retiraban— las tierras ribereñas que quedaban al descubierto. Entre esas tierras emergidas, hace 290 millones de años, surgió la península ibérica.

Eran aquellos los tiempos en los que nuestro recién nacido planeta solo era una tierra hostil, atormentada por terremotos, volcanes y cataclismos indescriptibles, en la que, sin embargo y a pesar de todo, acabó naciendo y desarrollándose la vida, vida que, posiblemente, vino de las estrellas cabalgando a lomos de los asteroides que caían, de manera incesante, sobre su superficie.

Periodos glaciares se alternaron cada millones de años con otros interglaciares. Las primeras glaciaciones se producían en intervalos aproximados de 100 000 años, y la últimas, entre dos de las cuales estamos ahora, cada aproximadamente 40 000 años. Glaciaciones que tenían su origen en la modificación del eje de rotación de la Tierra, con el consiguiente cambio en la radiación solar al que contribuían la cantidad de hielo que cubría la superficie terrestre, las gigantescas erupciones volcánicas y la expansión de los bosques. (Entonces todavía no existían humanos a los que se pudiera achacar aquel cambio climático). La última glaciación, la cuaternaria, terminó hace unos 12 500 millones años, por lo que, actualmente, nos encontramos en un periodo interglaciar y con el clima en la Tierra caminando hacia la siguiente fase glacial sin que difícilmente nadie pueda detenerla. En este periodo interglaciar, de suave clima, se han

desarrollado de manera espectacular la mayoría de las formas de vida que hoy conocemos. Esas primeras y elementales formas de vida surgieron en la Tierra hace aproximadamente 4000 millones de años.

La vida, tras una larguísima evolución, pasó por multitud de formas vivas hasta llegar a la aparición de unos pequeños monos —antepasados de todos los homínidos que surgieron después— que, en diferentes lugares del planeta, en una asombrosa y casi mágica transformación, y dando un salto abismal e irreplicable en el camino de la evolución, dieron lugar a un nuevo género, los primitivos *Homos* con inteligencia humana. Una inteligencia a la que seguramente contribuyó en su desarrollo, de manera significativa, la ingesta de ácidos grasos poliinsaturados de cadena larga cuando aquellos *Homos* comenzaron a consumirlos. Aquella inteligencia surgida en los primitivos *Homos* marcó, para siempre, una insalvable diferencia entre ellos y sus antepasados..., y con los demás seres vivos.

Los *Homo sapiens* (género *Homo* y especie *sapiens*), que surgieron en África, pronto iniciaron la primera y gran diáspora\* de la humanidad. Partiendo de sus tierras de origen en las estepas africanas, el entonces verdor del Sahara les abrió un pasillo que les permitió salir de África y, tras un largo periplo, acabaron llegando a todos los confines del planeta. Iban tras los animales que cazaban y tras el brotar de las plantas que recolectaban. Caminaron, casi siempre hacia el norte, con un decidido y exigente impulso por conocer qué había tras la última colina que veían en el horizonte y buscando a la vez las tierras más idóneas para llevar a cabo el proyecto de vida individual y social que su inteligencia humana ya les demandaba. El ser humano nació siendo «individuo» y a la vez profundamente «social»..., y sigue siendo así.

En condiciones muy difíciles el *Homo sapiens* afrontó el gran reto de la adaptación y la supervivencia, y lo logró, como ninguna otra especie lo ha logrado nunca, gracias, en gran medida, a la solidaridad entre ellos. La inteligencia y la capacidad de adaptación son las características que mejor la definen, ellas, su alta capacidad de reproducción y su decidido propósito de llegar hasta el último rincón del planeta. Ser numerosos y diversificar su territorio hasta ese extremo fue lo que probablemente los salvó de su extinción ante fenómenos de la naturaleza como los que llevaron a los neandertales, menos numerosos y concentrados en un territorio, a su total desaparición.

El *Homo sapiens*, al que ayudó en gran medida en su desarrollo aprender a crear fuego y a dominarlo, evolucionó siempre superándose, elaboró un lenguaje para comunicarse, creó arte, cultura, y dejó sus huellas sobre el planeta de tal manera que hoy podemos, a través de ellas, seguir su andadura y su historia y conocer, casi como si la estuviéramos viviendo, la gran odisea de su existencia sobre el planeta.

Hubo una época en que sobre la superficie del planeta vivieron, aunque no siempre coincidieran en el tiempo, distintas especies de *Homos* surgidos de la evolución en diferentes lugares de la tierra, además de en África, en Europa y en Asia: neandertales, *Homo erectus*, denisovanos, heildeberguenses, *antecesor*, *sapiens*... Todos acabaron extinguiéndose, excepto estos últimos, por razones que la antropología todavía no es capaz de discernir suficientemente. Probablemente al *sapiens* le ayudó en su supervivencia la forma de su cerebro, más pequeño que el del neandertal, pero con una forma redondeada que presupone un mayor desarrollo de la zona parietal, donde se procesa la orientación espacial, el control de la atención y la habilidad para el uso de herramientas, y probablemente fue fundamental para ello su capacidad para la imaginación. Todo ello sin duda jugó a su favor, concediéndoles una ventaja decisiva para su

supervivencia sobre las demás especies de humanos —que acabaron desapareciendo de la tierra—.

Entre las tierras liberadas por el mar de Tetis surgió, en su orilla occidental, prácticamente cerrando el actual mar Mediterráneo y separado solo por un estrecho brazo de mar del continente africano, un territorio, la península ibérica. Teniendo los Pirineos al norte aislándolo del resto del continente europeo y un estrecho brazo de mar al sur separándolo de África, sin duda se facilitó en él la creación de un microclima intelectual y emocional que marcó, dándole carácter, la personalidad de sus habitantes.

Esta península, desde el principio y por su estratégico enclave, fue un territorio deseado y buscado por los diferentes pueblos. Probablemente los primeros fueron los neandertales, después los *sapiens* —*sapiens* (cromañones) que llegaron a hibridarse entre ellos—, vendrían después los iberos y los celtas, que, mezclándose entre ellos, darían lugar a los celtíberos, y junto a ellos el sur de la península ibérica fue habitado por un pueblo envuelto en el misterio, los tartesios, que seguramente llegaron con los Pueblos del Mar a finales de la Edad del Bronce y que se establecieron en las orillas del río Tartesios, luego conocido como Betis y más tarde como Guadalquivir. Dedicado a la agricultura, la ganadería y la extracción de metales nobles como el oro y la plata, el último rey de cuya existencia hay pruebas fue el gran Argantonio. Tartesos era una tierra exuberante de huertos y jardines, rica en tesoros y un pueblo desarrollado que, según Escipión, poseía ya unas leyes verdaderamente avanzadas. Por estas tierras sería por donde comenzó, siglos después, la invasión de la Península por los árabes.

Hasta nuestras costas llegaron pueblos navegantes, esencialmente comerciantes, con sus diferentes culturas: griegos,

fenicios, cartagineses, que asentaron sus bases comerciales a lo largo de la costa mediterránea sin que ninguno de ellos lo hiciera con una visión de Estado. Hasta que en el año 218 a. C. desembarcaron en las costas mediterráneas los romanos, que fundaron, por primera vez en Hispania, una gran ciudad: Ampurias. Venían con el único propósito de combatir a sus enemigos los cartagineses, sus rivales en el comercio, pero llegaron a asentarse en nuestra península durante siglos.

Los romanos habían extendido sus dominios por la península ibérica y por casi toda Europa dejando, allí donde se asentaban, su cultura, sus amplios conocimientos de matemáticas, ingeniería, urbanismo, filosofía —en la que habían integrado la filosofía griega—, el derecho y, algo fundamental, dejaron, junto con su cultura, una lengua que, compartida y asumida libremente por todas las gentes de los pueblos conquistados, les daba una unión y una homogeneidad que sin duda convertía a Roma en el primer pueblo verdaderamente europeísta.

El Imperio romano cayó como caen todos los grandes imperios. Juzgados desde la distancia en el tiempo tenemos la sensación de que utilizaron demasiada energía en sus conquistas y de que por otra parte sus costumbres, desarrolladas con tanta abundancia de medios, seguramente acabaron por hacerlos blandos e indolentes. La vida, cuando es demasiado cómoda, casi siempre garantiza una sociedad en retroceso. La necesidad de luchar por una vida mejor, o simplemente luchar por vivir, ayuda a los hombres a mantener la tensión necesaria para garantizar su supervivencia.

Esta Roma decadente cayó en manos de las tribus bárbaras del norte. A la península ibérica llegaron, procedentes del norte de Europa, tribus de suevos, vándalos, alanos y los que tuvieron una mayor importancia en Hispania, los godos. Pocas co-

sas debemos a los visigodos salvo, tal vez, la introducción de la religión cristiana entre sus habitantes. La Hispania visigoda fue para los hispanos un territorio confuso que sufría continuas guerras entre sus diferentes reinos... y un tiempo casi perdido para su desarrollo histórico.

En el año 711, uno de sus reyes, Agila, en su lucha con otro rey godo, solicitó la ayuda de los árabes que desembarcaron en la Península por las fértiles tierras de la Turditanía, la que antaño habían ocupado los desaparecidos tartesios. Cuando los árabes, bereberes analfabetos en su mayoría, encontraron al llegar unas tierras fértiles, un verdadero vergel de huertos y jardines, una población sumisa cansada de las luchas de los visigodos y grandes tesoros, decidieron, ellos que provenían de los áridos desiertos africanos, que esta tierra fértil iba a ser la suya, y en ella se quedaron... ochocientos años. Aún hoy, siglo XXI, entre ellos hay muchos que todavía siguen creyendo con nostalgia que esta tierra sigue siendo su al-Ándalus.

Los musulmanes, que siempre consideraron a los hispanos como población de segunda, constituyeron al fin un enemigo común que unió a los cristianos, que acabaron enfrentándose a ellos. Pocas cosas unen tanto a los pueblos como saberse ante un enemigo común.

En el año 722, el visigodo don Pelayo inició la Reconquista de las tierras hispanas, Reconquista que se extendió como una mancha de aceite por toda la Península.

Fue la resistencia a seguir dominados y ver sus tierras usurpadas por los musulmanes lo que dio lugar a la Reconquista, que, a medida que fue avanzando, daba lugar al nacimiento de los diferentes reinos cristianos. Primero eran los colonos campesinos los que ocupaban las tierras reconquistadas, lue-



go, estas tierras ya pobladas eran consolidadas por los reyes cristianos. Durante siglos los hispanos, campesinos y nobles, compatibilizaron la azada con la que hacían los surcos de las tierras que cultivaban con la espada con la que se abrían camino y avanzaban. El Reino de Asturias y el de León, unidos, dieron lugar al Reino de Castilla, llamada así por la abundancia de castillos levantados para la defensa de sus fronteras tanto por los musulmanes como por los cristianos.

El caudillo Carlomagno, el rey de los Francos, tras sufrir la derrota de Roncesvalles contra los árabes huyó a sus dominios. Volvió para conquistar el norte de Hispania tiempo después, quedando los territorios por él conquistados en esta ocasión agregadas al Imperio carolingio, y estableciendo en ellos los Condados Catalanes de Rosellón, Cerdeña, Ampurias y Barcelona. Estas tierras conquistadas a los musulmanes formaron durante mucho tiempo una franja protectora contra el islam que fue conocida como Marca Hispánica.

El Reino de Aragón, junto a los Condados Catalanes, dio lugar a la Corona de Aragón.

En el año 1212 los cristianos ganaron en la batalla de las Navas de Tolosa, y esta victoria constituyó el principio del fin del Imperio almohade.

En el siglo XIII un rey cristiano, un rey con una visión de su destino privilegiada desde niño, Jaime I el Conquistador, en el año 1238, en su avance de reconquista llegó hasta las tierras del Levante y, en contra de los deseos de Cataluña y de Aragón, ambos pertenecientes a la Corona de Aragón, que tenían intereses diferentes a los suyos, fundó un reino independiente, el Reino de Valencia, al que dotó de personalidad, autonomía y de su propio y diferenciado cuerpo legislativo.

Unidos los reinos de León y Castilla nacía el nuevo gran Reino de Castilla. Enrique II, perteneciente a la casa de Trastámara, fue el primero de sus reyes. Le sucedió Juan I, y a este su hijo Enrique III entrando ya el siglo XV.

Habiendo muerto el rey de Aragón Martín el Humano sin descendencia, en el Compromiso de Caspe se decidió que entre los diferentes aspirantes, catalanes, aragoneses y valencianos, fuera rey de la Corona de Aragón el hermano pequeño de Enrique III de Castilla, Fernando de Antequera, que pasó a reinar con el nombre de Fernando I de Aragón o Fernando el Trastámara, padre del futuro rey de la Corona de Aragón Alfonso V el Magnánimo, ya entrado el siglo XV. Cuando este murió sin haber tenido hijos legítimos, le sucedió en la Corona de Aragón su hermano Juan II, padre del futuro Fernando el Católico.

De los siglos XIII al XV la alianza de los diferentes reinos cristianos entre sí había forzado el definitivo derrumbe de al-Ándalus, que llegó a su final con la conquista definitiva del último reino nazarí llevada a cabo, en Granada, por los Reyes Católicos, en enero del año 1492.

Con este preámbulo he querido contribuir a que el lector sea consciente de que la península ibérica y España no han surgido como un acto de la casualidad, sino que ambas han sido el resultado de un largo, complejo y difícil camino evolutivo, recorrido, por una parte por la naturaleza, y por otra por los hombres y mujeres que nos precedieron. A la naturaleza y a nuestros antepasados hoy debemos agradecerse sabiendo que con ellos todos tenemos una gran responsabilidad.